

Domingo XVI Tiempo ordinario

Jeremías 23, 1-6; Efesios 2, 13-18; Marcos 6, 30-34

«Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas»

21 julio 2024 P. Carlos Padilla Esteban

«Quiero mirar el ideal de pastor que brilla ante mis ojos. Quiero contemplar el cielo lleno de estrellas y esperar a que la vida se haga fuerte en mi corazón»

La vida es una búsqueda continua. Busco el amor, la felicidad, la plenitud. Busco ser amado y poder llegar a amar. Busco que me acepten y aceptar a otros. En esa carrera interminable voy haciendo descubrimientos. Hay hallazgos y pérdidas. Encuentros y desencuentros. En la vida vivo buscando la logros, el éxito, la paz, la alegría. Vivo buscando que me amen, que me abracen, que me perdonen. Busco encontrar un lugar al que pertenecer, donde echar raíces y poder decir ese es mi lugar en el mundo. Las búsquedas no siempre acaban con hallazgos. Muchas veces son infructuosas. No alcanzo lo que persigo, no disfruto de los frutos que quiero obtener. Y cuando encuentro lo que busco puede que lo pierda cuando menos lo espere. Aceptar las pérdidas no es tan sencillo. Hay que hacer el duelo, entregar el dolor, aceptar que la realidad es la que es, aunque duela verla ante mis ojos. Tengo que reconocer que no todo saldrá bien en mi vida. Acepto que perder lo que amo duele muy hondo. Me lleva incluso a la desesperación y al llanto. No quiero perder nada de lo que hoy me hace feliz. Cuando lo pierdo sólo puedo aceptarlo si quiero ser feliz. Por eso lo ofrezco y se lo doy a Dios para que me libre de mi pena, de mis lágrimas. Sigo en búsqueda en medio de hallazgos y pérdidas. Con tristeza y con llantos. Sólo puedo seguir caminando con mil preguntas no resueltas en el alma. No siempre encuentro respuestas a todas mis preguntas reales. Vivir con preguntas es inquietante y me incomoda. Pero es que en la vida hay muchos grises, demasiados claroscuros. No todo es blanco o negro. Hay matices que no alcanzo a entender. A veces le pido a Dios que me dé claridad absoluta en las situaciones difíciles. Que me muestre si tengo que dar un sí o un no claro, no un tal vez, o un a lo mejor. No sé vivir con esa tensión. Siempre estoy en camino, creciendo, avanzando o retrocediendo. siempre vivo un proceso y en medio de ese proceso me enfrento a la vida tal y como es en este momento concreto. Soy el que soy ahora pero estoy ya cambiando, evolucionando, ojalá madurando. Educar es dejar crecer al otro. Es creer en la belleza que hay escondida en el corazón de cada persona. Es confiar en la bondad oculta detrás de lo que ahora veo y no me gusta. Es aceptar el momento que estoy viviendo. Autoeducarme me exige respetarme a mí mismo en mis tiempos, en mis procesos. Aceptar que no consigo lograr todo lo que deseo conseguir. No será todo tan maduro, tan perfecto como quisiera. No importa. Sigo buscando, necesitando. No vivo satisfecho, hay mucho de insatisfacción en mi corazón. A veces me confundo y busco satisfacciones que no me llenan del todo. Hay una sed de infinito que no logro calmar con sucedáneos de felicidad. Sigo el camino de Dios y me dejo sorprender por la vida. No pretendo tenerlo todo claro en esas búsquedas. Acepto las cosas como vienen y descubro que mi vida es un ir y venir, un ganar y un perder, un saber e ignorar. No tengo respuestas para todos los que me preguntan. No quiero tener la solución a todos los problemas. Aprendo a vivir el presente con una sonrisa en el alma. Y le pido a Dios la confianza para seguir caminando agradecido cada mañana. No hago todo tan bien como quisiera, no soy perfecto. No tengo todas las cosas claras y tampoco puedo aclarárselas a los que me preguntan inquietos. Ya quisiera. Lo que sé es que sigo adelante. Camino, lucho, anhelo, sueño. Espero que las cosas sean mejor que ahora y acepto las que estoy viviendo en este momento. La vida es muy larga y siempre podré hacer todo mejor. No importa cuánto tiempo me lleve. Necesito que confíen en mí, que crean en lo que puedo llegar a conseguir, que no duden de mí. Las cosas pueden mejorar cuando menos lo espere. Quiero estar ahí, atento a lo que pueda suceder, esperando mi oportunidad para entregarme por entero. Hay una misión escondida en mi corazón. Sé lo que anhelo, lo que sueño. Hablo de lo que espero y de lo

que me emociona. Lloro al sentir que hay una promesa hecha por Dios destinada a hacerme feliz. Un nombre pronunciado en mi interior. **Una melodía que sólo yo conozco y que Dios ha dejado resonando dentro de mi alma.**

Creo en el poder de la comunidad. Lo que puede hacer una familia unida. No puedo hacer las cosas solo. Necesito a otros que caminen conmigo, que sueñen conmigo, que me alienten cuando desfallezca, que estén conmigo cuando yo mismo no tengo fuerzas para caminar. Me impresiona el valor de la comunidad. Juntos somos más fuertes. Cuando tiro solo de un peso pesado no avanzo, si muchos tiran conmigo es todo más fácil. Una familia unida es un verdadero milagro. Una comunidad sin fisuras. Hay tantos motivos para la desunión. Son muchas más las diferencias que las semejanzas, más lo que nos separa que lo que nos une. Es fácil romper la cuerda que me une con mi hermano. Una crítica, un juicio de valor, una difamación, una agresión. Basta con guardar silencio ignorándote para que no te sientas en casa. Basta con que me ría de ti para que prefieras estar solo. Si no te comprendo no serás parte de mi comunidad. Dividir es fácil. El diablo es el que divide, el que deja crecer la cizaña que envenena. Cuando digo que dijeron algo de ti, estoy dividiendo. Cuando no te valoro y no deseo que estés a mi lado en el camino, separo. Una comunidad es un don de Dios. Mientras que la división no es obra de Él. Por miedo puedo huir y romper la comunidad. Por envidia, por egoísmo. La acentuación de lo que me separa de ti logra el efecto deseado, me alejo de ti, dejo de quererte. Babel es la torre que crearon unos hombres. La torre más alta. Luego comenzaron a hablar en lenguas diferentes y dejaron de entenderse. Se produjo la ruptura, cada uno por su lado. La torre cayó. El dolor de la separación me hace daño. Es un dolor hiriente que me rompe por dentro. Quisiera unir y no dividir, no lo consigo, separo, rompo, hablo mal, critico, condeno. ¿Qué hago yo para unir? Hay rencores que dividen, resentimientos que rompen los lazos entre hermanos. La sangre que se divide por heridas no curadas. ¿Cómo puedo perdonar a mi hermano para siempre? ¿Cómo puedo olvidar lo que me hizo, el daño que rompió mi alma por dentro? Es imposible. El dolor es inmenso. La separación siempre duele. Babel es lo contrario de Pentecostés. Unos hombres que estaban unidos porque María los había congregado. María es Madre y une a todos. No los deja solos. Y luego llega el Espíritu en lenguas de fuego estando las puertas cerradas. El corazón se llena de un fuego inmenso. Es la alegría de la reconciliación. Te perdono, te abrazo, vuelvo a empezar contigo. Un solo idioma. ¿Cómo puedo hablar un lenguaje que entiendas? No puedo, mi idioma es mío y es diferente al tuyo. No puedo hablar en tu mismo idioma. Hay lenguajes que dividen. Otros lenguajes unen. Hablar en tu mismo idioma supone ponerme en tu piel, en tus zapatos y decirte que te amo allí donde estás, tal y como eres. ¿Cómo se puede unir lo que es diferente? ¿Cómo puedo hablar en tu mismo idioma? No te conozco, no sé quién eres. La unidad sigue siendo un frágil cristal. Se enturbia, se raya, se rompe. Es tan frágil que un error puede echar por tierra en un instante la unidad conquistada. Parece imposible estar unido siempre a quien amo. Tantas divisiones en la vida matrimonial, tantas rupturas. Si no cuida lo que me une a ti, se acabará rompiendo esa cuerda invisible del amor. ¿Cómo puedo llegar a hablar en tu mismo idioma? Eso es lo que deseo, entenderte y que me entiendas. Pero estoy roto por dentro, el pecado me divide. Pienso una cosa, deseo otra, hago la contraria. Nací con esa rotura en el corazón. Sé que María Inmaculada es la que puede unir lo que en mí está tan herido. Pongo barreras, separo al que no piensa como yo, no soy fiel a las promesas hechas y no me mantengo firme en los propósitos adquiridos. Me separo del diferente, del que no habla mi idioma. Yo no deseo hablar el suyo. Hago grupos que se separan, me diferencio de otros grupos, me creo mejor que otro y coloco un muro en lugar de construir un puente. Juzgo, prejuizo, me alejo. El Espíritu es el que puede regalarme esa cohesión que anhelo en mi alma. Deseo una unidad que se me vuelve esquiva. Una coherencia que sólo veo en algunas personas y la envidio. Quiero ser como ellos, tener su misma fidelidad, comportarme como lo hacen ellos. Necesito la fuerza de María, su abrazo, su confianza. Ella me dice que yo puedo hacerlo, puedo vencer el mal en mí y optar por el bien. Puedo unir lo que está dividido y aceptar a mi lado al que no es como yo, al que no comparte mis ideas, al que no comulga con mis creencias. Un hombre nuevo en una comunidad nueva es mi ideal. Un hombre unido en su interior, coherente, fiel. Un hombre de una pieza en el que no hay doblez. Y una comunidad unida en la fuerza del Espíritu en la que no hay fisuras. Todos se aceptan en su diversidad. Cada uno aporta el don que ha recibido. Cada uno habla la lengua de su hermano y todos se entienden. Esa es la misión de esta comunidad. **Regalar comunión a su paso. aceptar en ella a todo el que quiera participar. Sin juzgarlos, sin condenarlos.**

Es difícil tomar una decisión que lo puede cambiar todo. Detenerme en un momento de mi historia y de rodillas mirar hacia delante. Se abre un abismo, un camino sin fin. A lo lejos veo nubes, sol, distancia, dudas y miedos. ¿Cómo se le dice que sí a Dios cuando no sé bien qué es lo que quiere, lo que pregunta? ¿Cómo saber si voy a dar los pasos correctos? ¿Y si me equivoco y ese no era el camino? ¿Cómo saber lo que Dios de verdad desea para mi vida? ¿Seré feliz el resto de mi vida en ese camino que ahora elija? Es demasiado hondo el abismo, demasiada alta la montaña ante mis ojos. ¿Cómo se puede escribir una historia preciosa cuando aún no he escrito ni la primera página? Vértigo es la expresión como yo lo definiría. ¿Para qué está hecho mi corazón? ¿No será que me estoy complicando la vida si le digo a Dios que quiero seguir sus pasos y estar siempre a su lado como sacerdote? ¿Será verdad? Todo demasiado grande, y yo demasiado pequeño. Hace muchos años en mi propio cuarto me detuve helado delante de mi maquina de escribir. Reinaba el silencio y no había ángeles. Sólo un llanto que irrumpía desde mi alma y no sabía por qué. Algo estaba roto o se estaba rompiendo en ese momento. Una resistencia para decirle que sí. Me inundó un temblor sin sentido. ¿Qué significaba ese sí tan pequeño y callado en un cuarto? ¿Por qué lloraba? Con el paso de los años no he sabido describir lo que sentía. Vacío, soledad, plenitud, pasión. Dolor, pena, alegría, miedo. Una mezcla de emociones en un momento en el que aún nada estaba escrito, ni decidido. Era solo un sí, un pequeño movimiento del alma en una dirección concreta. ¿Y si no era el camino? Me ha dado tanto miedo defraudar a otros o defraudarme a mí mismo. La fidelidad es tan complicada, un bien escaso. Y puede que yo lo haya entendido todo mal. Las señales, las búsquedas, las respuestas, las preguntas. Es como estar sentado al borde de un acantilado mirando el mar a lo lejos, allí, en lo más hondo de la tierra. Y sonreír desafiando el viento que me empuja hacia delante. Saltaré, le digo a Jesús sonriendo, llorando. Y un estallido en mi pecho me dice que ha sucedido algo en lo profundo del alma. Algo ha cambiado y yo no sé muy bien qué significa. Elegir entre dos caminos es complicado. Optar entre dos bienes a veces me hace dudar, me detengo y tiemblo. ¿Qué hago? ¿Qué me conviene? Quiero abrazar un sí como respuesta y no siempre lo logro. Deseo gritar que sí con el alma. Sin saber todo lo que va a suceder. Sin tener certezas en el alma. Me quedo detenido en ese instante sagrado en el que alguien susurra mi nombre al oído y me dice que me ama. ¿Quién eres tú, Señor, que me persigues por los caminos? Le pregunto. ¿Cuál es tu nombre? ¿Cuál el mío? Solo por estar a tu lado recorrería mil caminos. Solo por sentir tu voz dentro del alma. Abrasándome. Amándome. Urgiéndome a dar la vida. Es una decisión que es mucho más grande que un sentimiento. Es más fuerte que un arrebató repentino. Tengo claro que ese sí de hace muchos años fue el que me puso en camino. Me levanto de mi tierra, de mi familia, de mi camino marcado por mí, por otros. Me arrastro desde mi orilla y me llevé mar adentro sin saber nada. Me saco de mi comodidad y de mis miedos. ¡Cuánta fuerza tenía aquella palabra dicha en mi alma como un leve susurro! Esa tarde yo temblaba entre lágrimas al saber que no sabía nada. Al intuir que nada era seguro. ¿Se hundirá mi barca en la tormenta? Me preguntaba una y otra vez sobrecoigido, tratando de encontrar cualquier excusa para volver al punto antes de mi sí. ¿Se ahogaría mi voz en un grito seco? ¿Dejaré de sentir un día esa presencia suya que todo lo calma? Eran demasiadas preguntas y había pocas respuestas. ¿Cómo pude empezar aquel camino sintiéndome tan solo? Había una voz que sabía quién era yo y me llamaba. Era como si Jesús supiera lo que yo iba a necesitar en el camino. Se repite la misma pregunta desde entonces cada vez que se levanta un viento fuerte en el mar o surgen dudas inesperadas. He recorrido ya muchos caminos. He temblado, he amado, he dado mi vida no tan generosamente como quisiera. He deseado no haber empezado nunca y al mismo tiempo he dado gracias por ese sí pequeño, incipiente, enamorado que me hizo un día levar anclas y lanzarme a las olas. Sin ese sí loco, arriesgado, imprudente, tal vez nunca me hubiera aventurado tan lejos. Ahora que miro hacia atrás veo que mi alma grita de nuevo que sí. Que está dispuesta a correr de nuevo otra vida entera. A seguir luchando. Tengo claro que basta con permanecer firme junto al pie del volcán. Permanecer alerta y fiel en el hueco abierto en la muralla protegiendo a los que están dentro. En la popa sujetando la bandera de los que van conmigo. Erguido o de rodillas en medio de las luchas. Riendo o llorando sin saber muy bien cómo seguir avanzando. Feliz o angustiado cada vez que vuelvo a decirle a Dios que sí, que lo seguiré adónde vaya, no importa dónde, como aquel día. Cansado o lleno de vida, cuando el cielo se llene de nubes y amenacen con tormentas y huracanes. He descubierto que mi carne está hecha para esta aventura. No sé si siempre estaré a esa altura que espera de mí el mundo, los hombres, yo mismo, no me importa. Lo que sé es que siempre permaneceré a la altura de los ojos de Jesús que me mira enamorado, conmovido. Sin Él en esta aventura nunca me hubiera montado en esta barca. Él y María

hicieron posible mi sí, lo levantan entre muchas dudas y lo lanzan al mar para que recorra nuevos caminos. **Ahora, al mirar hacia atrás, sonrío y digo que sí, digo que lo amo más que a mi vida.**

Necesito personas que me orienten, que me marquen el camino por el que voy. Referentes que me hagan tomar conciencia del sentido de mi vida. Por eso me cuesta que me dispersen, como los malos pastores dispersan a las ovejas del rebaño: *«¡Ay de los pastores que dispersan y dejan que se pierdan las ovejas de mi rebaño! Por tanto, esto dice el Señor, Dios de Israel a los pastores que pastorean a mi pueblo: - Vosotros dispersasteis mis ovejas y las dejasteis ir sin preocuparos de ellas. Así que voy a pedir os cuentas por la maldad de vuestras acciones»*. Siempre me impresiona el poder de los malos pastores, de los que hieren, de los que dispersan a los que buscan hacer el bien. Me asusta el daño que puede causar el que tiene poder. En la misma Iglesia me asusta sentir mi responsabilidad como puerta de entrada. Puedo abrir la puerta al que llega y mostrarle el camino hacia Dios o puedo alejarlo de Él con mis gestos, con mis palabras. Puedo escandalizar con mis acciones y omisiones. Cuando no soy fiel a lo que prometo, cuando no hago lo que predico, cuando digo una cosa y hago la contraria, cuando no pertenezco a Dios a pesar de querer pertenecerle. Cuando los pastores, los que conducen, los que son ejemplo para otros fallan, el escándalo hace mucho daño. El proverbio latino *«corruptio optimi pessima»* expresa de forma concisa que la corrupción del mejor es la peor corrupción. La corrupción de los padres, de los maestros, de los educadores, de los líderes políticos. La corrupción de los que tienen que ser un ejemplo que seguir. Si mi padre deja de ser un modelo en mi vida, porque no vive lo que me pide a mí vivir, eso es un escándalo enorme. Los modelos me conducen a lo alto o me hunden en la más baja miseria. Seguir a alguien virtuoso es la mejor forma de crecer. Seguir a alguien que hace cosas dañinas envenena el corazón. Puedo construir un mundo mejor con mis acciones. Cuando me alejo del ideal puedo construir a mi alrededor una atmósfera de pantano. ¿Cómo es el mundo en el que vivo? ¿Cómo construyo una familia que aspire a las alturas, a las cumbres más elevadas? El cielo brilla ante mis ojos. Quiero subir más alto, aspirar a lo más grande, no conformarme con los mínimos. Dejarme llevar es la peor forma de conducir. Atarme al cielo me permite mantenerme en pie siempre en medio de las adversidades. Pienso en todo el bien que puedo hacer. Y me avergüenzo del mal que hago. ¿Cómo es mi vida por dentro? Hay pecados que me humillan y me confrontan con mi debilidad. ¿Cómo pretendo ser un ejemplo para otros? Imposible. La vasija rota de mi vida es un obstáculo que no me permite crecer. Yo no puedo por mis fuerzas, pero Dios sí puede. Quiero ser honesto conmigo mismo. ¿En qué momentos no soy un buen pastor para los míos? ¿Cuándo hago que se alejen del ideal que yo apunto con el dedo mientras me alejo de él con mis obras? Quiero ser verdadero. Aceptar mi pequeñez y no dejar de reunir a las ovejas en torno a Dios. Hoy el profeta lo dice: *«Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas de todos los países adonde las expulsé, y las volveré a traer a sus dehesas, para que crezcan y se multipliquen. Les pondré pastores que las apacienten, y ya no temerán ni se espantarán. Ninguna se perderá - oráculo del Señor -. Mirad que llegan días en que daré a David un vástago legítimo: reinará como monarca prudente, con justicia y derecho en la tierra. En sus días se salvará Judá, Israel habitará seguro. Y le pondrán este nombre: El-Señor-nuestra-justicia»*. Dios reunirá a sus ovejas y traerá otros pastores cuando los que están ahora no resulten. Cuando no cumplan su función de reunir al rebaño. Quiero mirar el ideal de pastor que brilla ante mis ojos. Quiero contemplar el cielo lleno de estrellas y esperar a que la vida se haga fuerte en mi corazón. Soy débil y soy de Dios, eso me da paz. Me ha puesto como pastor de un rebaño y siento que no estoy a la altura, no soy el que debería ser, el que sueño con llegar a ser. Sé que mi vida está en las manos de Dios. Sé que Él puede hacer milagros conmigo y eso me da paz. Espero que la vida sea mejor a mi alrededor. Quiero servir a las vidas que se me confían. Dios puede hacerme de nuevo, puede reparar mi alma y sanar mi corazón. Puede llevarme al cielo en sus manos. Puede ser el pastor que yo necesito para poder ser pastor. Porque si no soy oveja antes de pastor no podré ser ejemplo para nadie. Quiero ser filial y escuchar la voz de Dios en mi corazón. Quiero buscar la pureza, la belleza en mi vida, el amor más grande que le da sentido a mi existencia. Quiero aspirar a una vida mejor que la que tengo. Sueño con un cielo abierto ante mis ojos y espero que la vida siga recorriendo su camino. A fuerza de voluntad no consigo nada, pero vuelvo a decir que quiero ser santo. La santidad es un don de Dios en mi vida. Él hace derramar sus gracias a través de las grietas de mi alma. Esa es la verdadera santidad, no la que no tiene pecado. No dejaré de pecar y no quiero ser motivo de escándalo para nadie. Quiero caminar confiado en las manos de Dios. Dejarme llevar en los hombros por el buen Pastor que es Jesús. No quiero ser piedra que escandalice. No quiero que otros tiemblen y duden por mi culpa. Acepto que la vida es un don y la vivo como lo que es, un regalo

inmenso. Si me toca guiar a algunos espero siempre que lleguen al corazón de Jesús. Quiero atarme a Él para no caer a lo más bajo. Confío en ese Dios que hace milagros en mi alma y me conduce siempre. **No es mi virtud la que me lleva al cielo, sino el poder de su amor dentro de mí.**

Hoy quiero volver a mirar al Señor como mi pastor. El salmo me ayuda a meditar en esta verdad: *«El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas. Me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan. Preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa. Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término»*. Jesús es mi pastor y en sus pastos encuentro la paz. Necesito descansar. La vida es exigente, las preocupaciones aturden y tengo miedo de agotarme. Miro a Jesús que es mi descanso. En verdes praderas me hace descansar. En prados bonitos en los que puedo dejar que mi alma repose. Tengo miedo a hacer las cosas mal. Y el corazón se angustia con ansiedad. Me gustaría hacer todo bien. No lo logro y la vida no se detiene. El ruido no para, y las exigencias están ahí. ¿He aprendido a descansar? Pienso en todas las cosas que me agotan. El ruido, las prisas, los problemas, la necesidad de responder a todas las demandas. Los planes que fracasan, las derrotas que me aturden. El miedo a que nada sea como había soñado un día. El cansancio se mete en el alma. ¿Cómo puedo descansar bien? Me aparto un momento del ruido pero me llevo el ruido grabado en el alma. No desconecto de mi trabajo, no dejo de responder a todas las inquietudes que me plantean. Tengo miedo de no ser capaz, de no dar respuesta a los que preguntan. Me canso. Dicen que los jóvenes se cansan mucho. Puede que no sean sólo los jóvenes, sino todos en este mundo tan loco. ¿Cómo se hace para desconectar y apartarme un tiempo para descansar? En verdes praderas. Quiero que Jesús sea mi descanso. ¿Realmente la oración es lugar de descanso? Llego el verano, intento trabajar menos, ¿logro rezar más? Pienso en esas fuentes tranquilas que necesito. Agua fresca que calme mi sed. Tengo una sed de infinito que nada en este mundo logra saciar. Y yo vivo en tensión corriendo de un lado a otro buscando saciar la sed en todos los charcos que encuentro. Me asusta la vida. la sed más profunda sigue despierta. Miro al cielo y le pido a Dios que me llene de agua, de paz, de luz. Pienso en las cañadas oscuras que he atravesado en este último tiempo. ¿Qué peligros me han quitado la paz? Creo que no soy consciente de todo el desgaste de mi alma intentando atravesar esas cañadas sin encontrar una salida. ¿Por qué tengo miedo? La vida es larga y los sueños son inmensos. Me gustaría no vivir con miedo ni ansiedad. Vivir calmado, con paz en lo más hondo de mi ser. Si aprendiera a confiar en Jesús que es mi pastor. ¿Realmente me lo creo? ¿Quiénes influyen más en mí en esta vida? ¿Algún influencer, algún terapeuta, algún amigo, un maestro? ¿La persona que más amo? ¿Mis padres, mi cónyuge, mi abuelo? Siempre alguien ejerce de pastor en mi vida. Las opiniones de otros las hago mías. Jesús es mi pastor y me conduce. ¿Cómo puedo escuchar su voz? Las ovejas reconocen la voz del pastor y saben que es él quien logra llevarlas de vuelta a casa. Sin el pastor la oveja se pierde por los caminos. Hay perros que guardan el rebaño y ladran para que la oveja vuelva a su redil. Pienso en esos pastores que hablan en nombre de Dios y ladran para que no me aparte del camino, para que vuelva a mi redil, donde estoy seguro, donde me encuentro en paz en medio de la tormenta, en mitad del huracán. ¿Cómo se pueden vencer los vientos fuertes que amenazan con derribarme? Tiemblo y siento que la vida se me escapa. Quisiera descansar en Dios porque sólo Él sabe lo que de verdad yo necesito. Sólo Él tiene en sus manos mi vida y le da un verdadero sentido. Todo lo demás son sucedáneos de felicidad. La bondad y la misericordia del Señor le dan sentido a todo lo que me sucede. No tengo que vivir con miedo, Jesús ya ha limpiado mis pecados. Ya me ha mirado con misericordia. Ha colocado una mesa ante mí para saciar el hambre. Sed y hambre son mis dos grandes necesidades y Jesús lo logra. Sacia mi sed de infinito, colma mi hambre de justicia. Jesús sabe lo que necesito y quiero buscarlo. Ojalá en vacaciones tuviera más tiempo para estar con Él, y no menos. Ojalá pudiera descansar en sus manos y no permitir así que la vida se me escapara. Jesús ha traído la paz a los hombres, ha unido a los que estaban separados, ha creado un redil común en el que poder descansar en su presencia. Hoy escucho: *«Ahora, gracias a Cristo Jesús, los que un tiempo estabais lejos estáis cerca por la sangre de Cristo. Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad. Él ha abolido la ley con sus mandamientos y decretos, para crear, de los dos, en sí mismo, un único hombre nuevo, haciendo las paces. Reconcilió con Dios a los dos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en él, al hostilidad. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros los de lejos, paz también a los de cerca. Así, unos y otros, podemos*

acercarnos al Padre por medio de él en un mismo Espíritu». Jesús trae la unidad, la comunión, la paz que necesito para vivir en su presencia. Su casa sí que es mi casa y en su hogar tengo un lugar donde pueda sentirme en paz, querido, aceptado. **Esa es la Iglesia.**

Lo que hacen los apóstoles al volver a casa es contarle a Jesús todo lo que les ha pasado. Le cuentan los milagros que han hecho, lo que han vivido: *«En aquel tiempo, los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado».* Es lo que hago yo cada vez que acaba el día y le cuento lo que he vivido. Los milagros que he visto. Las alegrías que he compartido. Le explico mis miedos y mis tentaciones. Mis logros y mis caídas. Y le doy gracias porque lo he visto actuar durante todo el tiempo, a mi lado, haciendo milagros. Me gusta esa mirada de los apóstoles. Están felices porque han sentido el poder de Dios en sus vidas. ¿Acaso no lo siento yo en mi vida cada mañana? Él está conmigo desde que salgo a vivir la misión de cada día. Vuelvo cansado, ya sin fuerzas, exhausto. Y se lo cuento todo a Jesús. Entonces Él me dice lo que también les dice a ellos: *«Él les dijo: - Venid vosotros a solas a un lugar desierto a descansar un poco. Porque eran tantos los que iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer. Se fueron en barca a solas a un lugar desierto».* Jesús quiere que descansen. Quiere que tengan un momento tranquilo. Me gusta esa mirada de Jesús sobre mi vida. Quiere que descanse. Y eso que hoy el descanso no está bien visto. Hay que producir, no se puede desconectar uno de esta vida que bulle con tanta fuerza, de este río que todo lo arrasa a su paso. No se puede uno salir de la rueda y descansar. Pero Jesús me mira y me dice que descanse, que me vaya a un lugar tranquilo. ¿Sabré hacerlo? ¿Lograré desconectar del todo? Es eso lo que más deseo en este mundo. Descansar con Él, en un lugar desierto, donde pueda llenar el pozo de mi alma del agua de la que yo y muchos puedan beber. Me da miedo no ser capaz de descansar. Quiero estar a su lado y contarme todo lo que me ha pasado. Miro hacia atrás. quiero ser agradecido por la vida que me ha regalado. Dios me quiere mucho. Me envió a realizar una misión imposible y no me dejó que llevara nada para el camino, que no me preparara demasiado. No quiso que hiciera cálculos a ver si iba poder llegar al final de mi camino. Me dijo que confiara en Él que con su poder podría ser todo mejor, posible. Y yo dudé en algunos momentos. Cuando sentí que la carga la llevaba solo y era demasiado pesada. Muy grande la mies. Demasiados extensos los campos. El camino largo y sin árboles bajo los que poder descansar. Jesús me pide que busque un lugar desierto. Que no esté todo el día tratando de salvar el mundo. Él ya lo salvó en la cruz y yo sólo soy testigo de ese amor inmenso que me tiene, que le tiene a los hombres. Confío en su poder. Él puede hacerlo todo nuevo. Eso es un milagro que me maravilla. Quiero confiar en todo lo que Dios puede hacer conmigo. No dudo. Y una vez que descansan, la gente vuelve a su presencia: *«Muchos los vieron marcharse y los reconocieron; entonces de todas las aldeas fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron. Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas».* Jesús los mira y se conmueve. Están extraviados y cansado como ovejas que no tienen pastor. Jesús no lo puede evitar y se pone a enseñarles muchas cosas. me gusta ese Jesús incansable que se pone en camino una y otra vez. Jesús no huye de los desafíos y los enfrenta. No se aleja de los problemas y los carga. No escatima esfuerzos en su entrega y lucha hasta el final. Me gusta ese Jesús valiente que no desaprovecha la oportunidad de dar la vida. Siempre es posible sanar enfermos, liberar endemoniados, dar esperanza a los alicaídos, sostener a los que ya se doblan. Ese Jesús me anima a hacer yo lo mismo. A servir con su misma fuerza y alegría. A escuchar con el mismo respeto e interés. A sanar con la misma pasión por devolver la vida. La misión es demasiado grande y me supera. Hay demasiadas ovejas sin pastor, perdidas por este mundo. No puedo hacerlo todo bien, no puedo salvar a todos ni liberar a todos los que son esclavos. Llego a Jesús y le pido que me dé sus fuerzas. Le agradezco por su poder y le suplico que no me deje solo en medio de las batallas. Quiero agradecerle por todo lo vivido. Por lo bueno y por lo que no fue tan bueno. Por los logros y por todos los fracasos. Le suplico que me dé su paz para mirar la vida sin angustia ni ansiedad. Está bien lo que he podido hacer. No he hecho todo el bien posible. No he logrado realizar todos mis propósitos, no he estado a la altura de las circunstancias siempre. No ha sido posible alcanzar todas las metas. Siento el dolor por mis caídas y noto el peso de mis faltas y pecados. Dios puede hacer milagros conmigo y eso es lo que me da más paz. **Vuelvo hasta Él al final de este camino y descanso en un lugar desierto.**